

Estadounidenses en México. Una inmigración histórica y diversa

Mónica Palma

Notas preliminares

El estudio de la inmigración en México durante los siglos XIX y XX dispone, hasta 1994 aproximadamente, de un poco más de 812 títulos de muy distinto género, de los cuales, 57 corresponden al grupo estadounidense. Estos últimos, a su vez, se reparten en: 19 libros, trece tesis, catorce artículos, seis directorios, dos revistas, un periódico y dos conferencias. Guadalupe Zárate las ha clasificado de la siguiente manera:

Institucionales, se trata de publicaciones elaboradas por organizaciones de carácter económico, educativo y social, algunas de ellas aparecen periódicamente; polémicas, textos en pro o en contra del establecimiento de norteamericanos en México; testimoniales, novelas y relatos de viajeros, académicos, tesis, artículos y libros.¹

En la presente década, y hasta donde se tiene noticia, al total de títulos relativos a la inmigración estadounidense solamente se han agregado unos cuantos más.² Desafortunadamente, la historia de este grupo, especialmente en el siglo XIX, no ha despertado demasiado interés entre los preocupados por el estudio del tema migratorio, y muy pocos de los libros hasta ahora publicados parten de un enfoque propiamente histórico. En su mayoría, los trabajos realizados

sólo examinan una faceta de tal inmigración (por ejemplo, su incorporación al aparato productivo del país, la vida institucional del grupo), o un tipo de estadounidenses en periodos o etapas específicas de la historia nacional (el énfasis ha recaído en el análisis del papel que han desempeñado los hombres de negocios en la economía mexicana).³

El escaso interés prestado a este núcleo de inmigrantes llama la atención si se toma en cuenta que los estadounidenses conforman no sólo uno de los grupos de extranjeros más numerosos desde los inicios de la vida del país como una nación políticamente independiente, sino también uno de los más diversos respecto a las actividades u ocupaciones a las que se han aplicado.

En efecto, la vecindad geográfica entre México y la Unión Americana, lo mismo que factores de tipo político, militar, diplomático, económico, comercial, entre otros más, han posibilitado el establecimiento de varios tipos de estadounidenses durante el pasado y el presente siglo, los que, necesariamente, han tenido que insertarse en el ámbito productivo mexicano y entablar varios lazos con la sociedad nativa.

Desde esta perspectiva, faltan estudios que exploren la historia del grupo en su conjunto, es decir, a los distintos tipos o subgrupos de estadounidenses que se han asentado en el país desde 1821 hasta nuestros días. Faltan trabajos que examinen con más profundidad las formas como

dichos subgrupos se han articulado con la economía mexicana, el papel que han desempeñado en la esfera de lo social y de lo político, los modos y lazos que han entablado con las diferentes clases, sectores y grupos nativos con los que han tenido que convivir, particularmente en las variadas regiones de la república en donde se han radicado. Ello, con el fin de tener una comprensión más sólida de la repercusión que ha tenido la presencia de este grupo inmigratorio en los diferentes ámbitos de la vida del país a los que se ha incorporado.

De esta manera, el propósito del presente escrito consiste en formular una periodización y tipología de dicha inmigración encaminada a comprender la historia de los estadounidenses en México, de un modo más integral.⁴

El afán colonizador y los estadounidenses

Una de las ideas fuertemente arraigadas en las élites políticas mexicanas a lo largo del siglo XIX consistió en que México poseía vastas regiones sin poblar e inmensos recursos naturales sin explotar. Por ello, los distintos gobiernos que se sucedieron en el poder en dicho siglo, con el fin de incorporar a la producción esas tierras y recursos y, de ese modo, emprender el desarrollo económico de la nación, postularon la necesidad de realizar el poblamiento del territorio nacional por medio de dos caminos: el aumento de la población por vías naturales y la colonización del territorio, principalmente con extranjeros. Al respecto, dice Gilberto Loyo lo siguiente:

En los primeros años de la independencia se creía sinceramente, no sólo entre el vulgo, sino hasta por individuos del grupo director, que México era una nación organizada en un estado, ni más ni menos que las naciones avanzadas de la Europa occidental. Se consideraba que sobre ellas tenía ventajas nuestro país, “privilegiado por la naturaleza entre cuantos existen en el globo”, por sus recursos naturales inagotables que sólo esperan la llegada del emprende-

dor colono (porque aunque no se confiese, nada se espera del “indio perezoso”), para que México sea elevado al alto rango de una nación poderosa y opulenta.⁵

El afán por realizar la colonización del territorio nacional con inmigrantes —ya fueran anglosajones para unos (los liberales), o europeos católicos para otros (los conservadores)—, respondía al interés de los gobernantes de ese tiempo por incorporar a México dentro de los patrones de la modernidad, representada tanto por los países de Europa occidental como por Estados Unidos.

George Berninger, en su ya clásica obra *La inmigración en México 1821-1857*, plantea que la idea de la inmigración —en ese tiempo sinónimo de colonización—, tenía una relación mucho más estrecha con el paradigma que representaba Estados Unidos para buena parte de los dirigentes mexicanos, sobre todo para quienes se inclinaban por consolidar en el país un régimen federal.⁶

Según éstos, la inmigración había acarreado a Estados Unidos expansión territorial, diversificación y desarrollo económico, así como estabilidad política. Varios políticos e intelectuales consideraban que al abrirse las puertas a los extranjeros, México, con fundamento en sus riquezas naturales, se convertiría en una nación tan poderosa como el vecino del norte. Se argumentaba que los inmigrantes introducirían nuevos métodos y técnicas de cultivo de la tierra, así como novedosas artes e industrias que harían prosperar las tierras hasta entonces yermas. Los extranjeros colaborarían, además, en el poblamiento de varias regiones del territorio y a elevar el patrón de vida de nutridos grupos de la población, particularmente de los indígenas, a los que, se argüía, era necesario reeducar. Al respecto dice Berninger:

A causa de su gran habilidad en el campo y de esta aureola de virtudes domésticas, los criollos consideraban al inmigrante ideal como un antídoto de la degeneración social del país. Era un misionero que enseñaría al indígena a estimar el trabajo y que se-

ría ejemplo de responsabilidad cívica [...] El indígena del campo necesitaba desesperadamente lecciones de tecnología, moral y sobre todo los deberes del ciudadano y el europeo lo sacaría del abismo.⁷

El establecimiento de familias anglosajonas en los estados de Texas y Coahuila en la primera década de vida independiente se inscribe dentro de este afán colonizador.

Años antes de la independencia del país, como ha sido registrado profusamente por la historiografía del periodo, la corona española había aprobado la solicitud presentada por Moisés Austin relativa al establecimiento de 300 familias angloamericanas procedentes de Louisiana en el estado de Texas. La petición, sin embargo, no entró en vigor ya que, por un lado, la Nueva España declaró su independencia, y por otro, Moisés Austin murió. Su hijo Esteban decidió continuar con la labor de su padre.

En 1823, el nuevo gobierno mexicano, encabezado a la sazón por Agustín de Iturbide, revalida la concesión dada a Moisés Austin y extiende amplios poderes a su hijo Esteban en el terreno judicial, militar (recibe el grado de teniente coronel) y administrativo. Austin aumenta el número de familias a 2,000, las cuales quedan sujetas a las siguientes restricciones: profesar la religión católica, no establecerse en las costas o cerca de las fronteras ni comerciar con esclavos dentro del territorio nacional, aunque se permite la introducción de dicha mano de obra.

En los siguientes años, nuevos permisos para la colonización de Texas serán autorizados tanto a concesionarios foráneos como nacionales. Algunos mexicanos, como Vicente Filisola, Lorenzo de Zavala y Ramos Arizpe participan de dichas concesiones.⁸ Muchos más angloamericanos entran sin permiso. Lo mismo sucede con numerosos indios cherokees, kikapooos, chauni y delaware.⁹

El interés por poblar las regiones del norte del país, preferentemente con agricultores extranjeros a los que se considera gente industriosa, trabajadora y calificada, que colaborará en el desarrollo económico de la región y en la pacificación de los indios, interviene en la decisión

de los gobernantes del país de esos años por permitir el poblamiento de Texas con familias anglosajonas, a pesar de las sospechas que para varios dirigentes políticos (entre ellos Lucas Alamán, Nicolás Bravo, Tadeo Ortiz Ayala, Manuel Mier y Terán), entraña su presencia, debido a las ambiciones territoriales de Estados Unidos.¹⁰ Muy pronto estos temores son confirmados con el intento separatista de Hayden Edwards al proclamar el establecimiento de la República de Fredonia en 1826.

No es materia de este trabajo relatar la serie de conflictos a que da lugar el asentamiento de los colonos anglosajones en Texas, ampliamente estudiados por la historiografía, pero sí subrayar que tales inmigrantes, mucho más identificados culturalmente por su origen, idioma, religión, actividades económicas, costumbres, con Estados Unidos, constituyen uno de los factores, entre otros más, de la separación del territorio tejano del resto de país. En su mayoría protagonizan las ambiciones expansionistas de Estados Unidos sobre México en la primera mitad del siglo XIX.

A pesar del resultado contraproducente de la colonización de Texas, del fracaso de otros proyectos (por ejemplo, la colonización de la región de Coatzacoalcos con inmigrantes franceses),¹¹ y de la falta de realización de varios más, el interés por la inmigración persiste en las décadas posteriores a la guerra de 1847.¹² Sus partidarios no prestan demasiada atención a la discordancia entre el interés y la realidad del país.

Es decir, la falta de recursos de los distintos gobiernos mexicanos para financiar la inmigración y de una verdadera administración u organización al respecto, la inestable situación social y política imperante en esos años, la ausencia de comunicaciones, la inseguridad pública, la falta de tolerancia religiosa¹³ y la hostilidad manifestada por ciertos grupos de la población nativa en contra de los extranjeros, convierten a México en un país poco atractivo para los inmigrantes. Hasta donde se sabe, además de los tejanos, muy pocos extranjeros se establecen como colonos en la primera mitad del siglo XIX, y los que se quedan muy pronto se trasladan a

las ciudades donde se dedican preferentemente al comercio.

A raíz de la guerra con Estados Unidos, unos cuantos norteamericanos, soldados y empresarios permanecen en el país, pero desafortunadamente no se tienen mayores datos sobre ellos.

En cambio, se cuenta con un poco más de información sobre la presencia de un nuevo grupo de estadounidenses que arriba a México en los últimos años del Imperio de Maximiliano. Se trata de un nutrido grupo de militares confederados que, al término de la Guerra de Secesión en Estados Unidos y ante la derrota de la Confederación, decide emigrar a México. Para estos militares sureños el clima de varias regiones del territorio mexicano y sus extensiones de tierra les dan la oportunidad de reiniciar el sistema agrícola de plantación que ya no pueden mantener en su país de origen.

Desde 1863, plantea James Shields, ante la pronta derrota de la Confederación que muchos sureños ven sobrevenir, grupos de confederados comienzan a emigrar a México. Muy poco después, en 1865, a los pioneros se van a sumar muchos otros que huyen "de la furia de los victoriosos".¹⁴

La mayoría procedía del Departamento del "Trans-Mississippi" de la Confederación, el cual compartía su frontera con México a lo largo del río Bravo; éste, por su ubicación, poco se había mezclado en las acciones bélicas.

El mariscal Bazaine, agrega el mismo Shields, permitió el ingreso de los confederados por dos factores: por un lado, porque consideraba que se trataba de "trabajadores industrioses", y por otro, porque el resentimiento sureño en contra de la Unión Americana reforzaría la posición de México ante ese país. Asimismo, para Maximiliano, estos norteamericanos significarían una base social y militar de apoyo que lo ayudaría a independizarse de las tropas francesas y a obtener el reconocimiento oficial de Estados Unidos.

El promotor de dicha inmigración fue un científico norteamericano partidario de la Confederación y amigo de Maximiliano, llamado Mathew Fontaine Maury. Fue él quien diseñó el proyecto "para fomentar la inmigración a México de los agricultores del estado de Virginia y el Sur

con sus ex esclavos".¹⁵ El proyecto fue aprobado casi íntegramente por la Junta de Colonización establecida por el Imperio. De este modo, el *Decreto General de Inmigración del 5 de septiembre de 1865* ofrecía a los militares confederados diversas prerrogativas para asentarse en el país como colonos. Entre ellas, libertad y seguridad en sus personas, dotación de tierras, exención del pago de derechos de importación de sus herramientas de trabajo y de toda contribución por un año, así como del servicio militar por cinco años.

De acuerdo con Maury, esta inmigración se formaría de aproximadamente 20,000 confederados. Sin embargo, la oposición que provocó la internación al país de estos norteamericanos tanto por parte de los liberales como del gobierno de la Unión, el cual recelaba del asilo dado por Maximiliano a sus enemigos, redujo su número a 10,000.

Los confederados se establecieron en varios estados de la República: San Luis Potosí, Monterrey, Durango, Jalisco, Yucatán, Veracruz. Algunos se quedaron en la capital. La mayoría no esperó a que el Ministerio de Fomento o la Comisaría de Colonización, creada con el fin de apoyar esta inmigración, les consiguiera tierras. Al respecto, dice Shields:

Unos preferían hacer sus propios arreglos comprando o rentando terrenos privados a sus dueños, lo que dio como resultado una serie de colonias pequeñas dispersas por el Imperio, como las encabezadas por los generales Hardeman y Terry en Jalisco, el reverendo Mitchell en San Luis Potosí, y Edward Comovoy en Durango. Varios individuos compraron propiedades y establecieron sus propias haciendas, especialmente en Sinaloa y Yucatán donde cultivaron algodón.¹⁶

De todas las colonias confederadas, la Carlota, localizada en las tierras altas de Veracruz, fue la más importante. Para octubre de 1865 se habían establecido alrededor de 200 militares sureños dirigidos por los generales Sterling Price y Joseph O'Shelby, a los que pronto se sumaron

sus familias. Se dedicaron a la agricultura, especialmente al cultivo del café, por ser la cosecha más lucrativa, y al comercio. Algunos abrieron aserraderos para cortar durmientes para los ferrocarriles, otros se emplearon en ellos.

El incipiente éxito de esta colonia atrajo a muchos más confederados que no habían podido obtener aún tierras y a los que solicitaban domiciliarse en el país. Éstos, sin embargo, se encontraron con un serio obstáculo: la falta de tierras. Maury había prometido concesiones inoperantes; existía una escasez de tierras públicas para deslindar, y las privadas se vendían o rentaban a un precio alto, motivo por el cual varios grupos de sureños regresaron a Estados Unidos o emigraron a América Central. Otros se quedaron por preferencia o por falta de recursos. Todos se dirigieron a Carlota. Shields, anota:

Los que tenían dinero empezaron negocios en Córdoba, y los demás esperaron aguardando que el gobierno les diera terrenos. Los que no tenían terrenos para cultivar o negocios para ocuparlos, se dedicaron a juegos de azar y a la embriaguez. Había una falta de reglamento y orden.¹⁷

Por otro lado, los confederados manifestaron sentimientos de superioridad respecto a la población mexicana, rechazando cualquier asociación con ella. Tal situación ocasionó una serie de desavenencias y conflictos con la sociedad local. Ésta, por su parte, los consideraba personas poco provechosas, y más bien tipos viciosos. La sociedad nativa contrarrestaba la mala voluntad manifestada por los confederados, con su exclusión comercial.

La hostilidad mutua entre estadounidenses y mexicanos, las amenazas de las fuerzas liberales ubicadas en la región poco conformes con el establecimiento de dichos colonos, y la falta de apoyo económico del Imperio —agobiado por los gastos de la guerra en contra de los republicanos—, decidieron a los confederados abandonar el país. A estos factores se sumó una epidemia de la plaga de Egipto, que azotó el valle de Córdoba en ese tiempo. Casi todos regre-

saron a Estados Unidos. Varios sureños empobrecidos fueron socorridos por el mariscal Bazaine; otros tuvieron que caminar a lo largo del Golfo hasta llegar a Texas. Muy pocos decidieron quedarse. Para 1872 aún vivían ciertos confederados en la ciudad de México.

Los colonos norteamericanos durante el porfiriato

Va a ser durante el porfiriato cuando tenga lugar una mayor afluencia de estadounidenses al país y su inmigración comience a cobrar mayor significado.

Del mismo modo que todos los gobiernos que le antecedieron, el porfirista proyectó hacer de nuestro país un lugar atractivo para los extranjeros. Al respecto, dice González Navarro:

Población escasa y deficiente, y tierra abundante, fértil y baldía, eran las dos premisas en las que se basaba la necesidad de atraer la inmigración extranjera que pasara de la potencia al acto las legendarias riquezas del país. Instrumento de esta acción fue la política colonizadora del porfiriato, que en términos generales puede caracterizarse de la siguiente manera: atraer por cuenta del gobierno a los colonos; dotarlos de tierras compradas a los particulares, primero, y después tomadas de los baldíos; pagarles el transporte y refaccionarlos con los instrumentos necesarios.¹⁸

A la postre, sin embargo, la política colonizadora del porfiriato tampoco tuvo mucho éxito. En contra de la creencia en las enormes riquezas naturales del país, generalizada a lo largo del siglo XIX, las tierras de cultivo en México eran insuficientes, no se tenía un registro cabal de la extensión de las tierras públicas y privadas y los títulos de propiedad en muchos casos carecían de autenticidad; los salarios de la mano de obra eran muy bajos y la industria escasa. Estos factores, entre otros más, decidieron el fracaso de casi todos los proyectos de colonización diseñados hasta el porfiriato.

En este periodo, registra González Navarro, se fundaron "con éxito muy desigual", 60 colonias, 16 oficiales y 44 particulares; 20 de estas últimas se formaron por estadounidenses o por una mayoría de ellos, los que se asentaron en varias regiones del país, sobre todo en los estados fronterizos del norte.¹⁹ Su establecimiento en dicha región fue visto con gran recelo. Para varios grupos de la opinión pública, ésa había sido la causa de la separación de Texas. Algunas publicaciones de la época²⁰ consideraban que el establecimiento de estadounidenses en la frontera norte constituía un grave peligro por los intereses expansionistas de Estados Unidos, y concluían que, de esa forma, este país pretendía anexarse Baja California.

Los colonos se dedicaron principalmente a la agricultura y a la ganadería, contribuyendo indudablemente al desarrollo de estas actividades. Ejemplo de ello fue la colonia Chamal, fundada por la compañía "Blalock Mexico Colony" en el municipio de Ocampo, Tamaulipas; la localizada en Metlaltoyuca, Veracruz; la formada por indios kikapoos en Coahuila y la establecida en lo que actualmente es Ciudad Arriaga, Chiapas. Estos colonos introdujeron la cría de ganado de razas finas y desarrollaron los cultivos tropicales.²¹ Mención especial merece la fundada en 1866 por Albert K. Owen en Topolobampo, Sinaloa, el cual proyectó la creación de una colonia socialista organizada bajo la modalidad de lo que él mismo llamaba "la cooperación integral", donde se extendía a nuestro país el movimiento socialista utópico de Estados Unidos.²²

La colonia cruzó por una serie de vicisitudes que la llevaron al fracaso. Sin embargo, a estos colonos se debe la introducción en el valle del Fuerte (en Sinaloa) de una agricultura comercial moderna a base de riego y tecnología; emprendieron el cultivo de hortalizas, especialmente del tomate para exportación. Este impulso fue aprovechado luego por otros agricultores capitalistas procedentes de Estados Unidos.²³

Otras colonias fundadas por estadounidenses dignas de mencionar fueron las establecidas por un grupo de mormones procedentes de Salt Lake City, Estados Unidos, en los estados

de Chihuahua y Sonora. Los mormones han contribuido al desarrollo agrícola y ganadero de dichos estados y, debido a ellos, México tuvo por primera vez, a fines del siglo pasado, su primera producción de manzana fina.

Con excepción de las colonias mormonas, el resto se eclipsó. La violencia e inestabilidad sociopolítica que vive México durante el movimiento revolucionario de 1910, conjuntamente con las amenazas y ataques de que son objeto las propiedades de estadounidenses por parte de las distintas facciones armadas, son factores decisivos que intervienen en la salida de los colonos del país.

Una inmigración diversa

En el porfiriato, más importante que la presencia de los colonos es la de los hombres de negocios originarios de Estados Unidos —inversionistas, accionistas, propietarios de minas y latifundios—, diplomáticos y políticos, los cuales forman parte de la burguesía extranjera radicada en el país. Su presencia responde no sólo a la política económica asumida por el régimen de Díaz, sino también a la nueva diplomacia norteamericana, menos anexionista y mucho más inclinada a subordinar la economía mexicana a los intereses de las empresas monopólicas del vecino país del norte.

Una parte de los hombres de negocios llegados a México en el periodo porfirista se establecieron de forma independiente,²⁴ pero otros arriban como representantes de las empresas monopólicas extranjeras. Junto con el ingreso de empresarios e inversionistas se internan obreros y técnicos, mano de obra especializada procedente de la Unión Americana contratada por las compañías ferrocarrileras y mineras localizadas en el norte del país. Los sueldos más altos y mejores condiciones de trabajo de la mano de obra extranjera, en este caso estadounidense, generaron a lo largo del porfiriato una serie de fricciones con los trabajadores mexicanos y las autoridades locales de los lugares en donde laboraban. Al respecto, dice Jonathan C. Brown:

Los extranjeros—tanto trabajadores como supervisores y patrones—introdujeron áspidamente sus formas de trabajo, que a menudo violaban las inveteradas normas culturales observadas por los obreros mexicanos. El papel de los extranjeros en este proceso proporcionó a los mexicanos un foco de resistencia al más perturbador de estos cambios.²⁵

A estos grupos se suma una mayor afluencia de misioneros protestantes, principalmente metodistas, llegados, en algunos casos, para atender las necesidades religiosas de la población estadounidense radicada en México, pero en otros, con fines proselitistas.

La llegada de todos estos grupos al país explica que el número de residentes estadounidenses a fines del régimen porfirista, casi se duplicara: de 12,108 personas en 1895, pasó a 20,639 en 1910.²⁶

A diferencia de sus predecesores, los confederados, los estadounidenses residentes en el país en este periodo, particularmente en la ciudad de México—lugar donde vivía la mayor parte de los hombres de negocios—, formaron diversas organizaciones, las cuales los ayudaron a adaptarse a la sociedad mexicana.²⁷ En 1868, a iniciativa de un grupo de hombres de negocios y líderes de la comunidad, se fundó la American Benevolent Society (ABS), con el propósito de apoyar a los estadounidenses de escasos recursos económicos o necesitados que vivían en México. La ayuda comprendía: búsqueda de empleo, otorgamiento de pensiones, becas y asistencia médica. Veinte años después, en 1898, la misma asociación llevó a cabo la tarea de fundar un panteón: el Panteón Americano, y años más tarde el Hospital Americano, “cuyo propósito fue proporcionar servicios médicos a la comunidad y complementar el sistema médico privado en México”.²⁸ En 1947, éste se fusionó con el Hospital Británico Cowdray para constituir el actual Hospital American British Cowdray (ABC).

Además de asistir a los necesitados, la American Benevolent, en sus inicios, constituyó un importante centro de reunión para los estado-

unidenses. La misma asociación registra lo siguiente:

Durante los primeros años, la SAB [Sociedad Americana de Beneficencia] también tuvo un papel importante en la comunidad planeando comidas por el Día de Acción de Gracias, bailes para la toma de posesión de la presidencia de Estados Unidos de América y picnics celebrando el 4 de julio. Posteriormente muchas de estas actividades fueron asumidas por la Sociedad Americana que se fundó en los años cuarenta.²⁹

Es decir, en un principio, la American Benevolent sirvió como medio de cohesión del grupo.

Además de la organización antes citada, los estadounidenses inauguraron un templo protestante interconfesional, y en 1888 fundaron el primer kindergarden angloparlante, antecedente de la actual American School Foundation. En 1891 inició su publicación el primer periódico en inglés, el *Daily Anglo-American*, y en 1900 se creó el University Club, el cual reunió a los industriales de origen estadounidense.

Desde otra perspectiva, la mexicana, la privilegiada posición social y política de los estadounidenses durante el régimen porfirista generó en amplias capas de la población nativa sentimientos contrarios a ellos, manifestados por todas las facciones armadas durante el movimiento de 1910. Los sentimientos antiyanquis se intensificaron y generalizaron en el país al ocurrir la ocupación de Veracruz en 1914.

Los estadounidenses, plantea Moisés González Navarro, fueron uno de los grupos más atacados durante la lucha armada; se cometieron crímenes en contra de ellos en casi todos los estados de la república y muchas familias huyeron del país.

Sin embargo, la cifra de dicha población no se redujo, por el contrario, registró una mínima alza. De acuerdo con las cifras censales registradas bajo el concepto lugar de nacimiento, de reunir un total de 20,639 personas en 1910, aumentaron a 21,744 en 1921.³⁰

En los años veinte, pese a las fuertes fricciones ocurridas entre Estados Unidos y México por las disposiciones constitucionales respecto a la propiedad del suelo y el subsuelo, y por los daños que ocasionó la lucha armada a las propiedades de los estadounidenses, esta población se incrementó a 36,308 personas en 1930. Sus cuantiosos medios económicos hicieron regresar a los que habían salido del país durante la fase armada.

El incremento de la población de origen estadounidense desde fines de los años veinte, y especialmente en la década de 1930, se halla más bien ligado a la repatriación de los braceros mexicanos, muchos de ellos con hijos nacidos en Estados Unidos, a consecuencia de la crisis económica de 1929. Durante los años de la depresión, la sociedad estadounidense en su conjunto, particularmente la clase trabajadora, cruzó por una serie de dificultades y privaciones económicas, de las cuales no estuvo exenta la población de origen mexicano; su efecto fue incluso más devastador. Al respecto, David R. Maciel y María Rosa García plantean lo siguiente:

Como en décadas anteriores, las actitudes xenófobas se manifestaron en las políticas gubernamentales. Los emigrantes mexicanos fueron, una vez más, usados como "chivos expiatorios" de los problemas económicos, acusados de reemplazar a trabajadores anglosajones y de ser una carga para sus instituciones. El secretario de Trabajo del presidente Herbert Hoover, William Doak, y otros altos funcionarios opinaban que sería más ventajoso económicamente para Estados Unidos enviar a los mexicanos al otro lado de la frontera que subsidiarlos potencialmente a través de la seguridad social estadounidense. La justificación para una deportación masiva de mexicanos era que, con esta medida, se crearían empleos para trabajadores anglosajones.³²

Como consecuencia de esta política, los autores antes citados anotan que entre 1931 y 1934

retornaron a México medio millón de mexicanos.³³

En la segunda mitad del siglo XX, el ingreso de ciudadanos de Estados Unidos no sólo persiste, sino que se incrementa y asume una mayor variedad. La expansión y diversificación del capitalismo trasnacional de Estados Unidos sobre América Latina en su conjunto, y en particular sobre México, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, el largo periodo de crecimiento económico y de relativa estabilidad sociopolítica que vive México desde 1940 hasta 1970, aproximadamente, las relaciones diplomáticas amistosas entre el gobierno mexicano y el estadounidense, la vecindad geográfica, del mismo modo que el clima saludable de ciertas regiones del país y los atractivos turísticos, son algunos factores que intervienen en el renovado interés de los estadounidenses por México.

Residentes temporales e inmigrantes

De acuerdo con los censos generales de población, los residentes originarios de Estados Unidos integran, desde 1930, el primer grupo extranjero domiciliado en el territorio mexicano, pero mientras en esa fecha representan 25.8 por ciento del total de la población extranjera, en 1950 constituyen 46 por ciento; en 1970 son ya la mitad del total de extranjeros en el país, 51 por ciento, y tanto en 1980 como en 1990 rebasan tal proporción, 58 y 57 por ciento, respectivamente (véase el cuadro 1).

Una de las características en el interior del grupo a partir de 1950, es el mayor número de mujeres, tendencia vinculada, muy probablemente, a una alta cifra de matrimonios entre mexicanos y mujeres estadounidenses, o posiblemente también, a una mayor descendencia femenina.³⁴ Se localizan en todos los estados de la república, sin embargo, se concentran en los estados fronterizos del norte, en el Distrito Federal y en Jalisco. Precisamente la mayor presencia del grupo en la zona norte del país ha incidido en el aumento de la población extranjera en esa zona desde 1950 a la fecha.³⁵

**Cuadro 1. Principales estados receptores de estadounidenses, 1950-1980.
Números absolutos y relativos**

	1950	%	1960	%	1970	%	1980	%
Baja California	10,461	12.5	12,717	13.0	11,798	12.1	17,155	10.9
Coahuila	6,539	7.8	5,741	5.9	4,836	5.0	6,086	3.9
Chihuahua	14,101	16.9	17,470	17.8	15,070	15.5	19,432	12.4
Distrito Federal	12,036	14.4	15,033	15.4	12,496	12.8	12,554	8.0
Guanajuato	2,164	2.6	3,356	3.4	2,809	2.9	5,228	3.3
Jalisco	2,828	3.4	3,966	4.1	7,312	7.5	15,988	10.2
México	304	0.4	1,501	1.5	2,474	2.5	4,655	3.0
Michoacán	1,556	1.9	1,450	1.5	1,682	1.7	5,585	3.6
Nuevo León	7,222	8.7	7,642	7.8	9,248	9.5	12,122	7.7
Sonora	4,463	5.4	4,632	4.7	4,306	4.4	7,048	4.5
Tamaulipas	13,773	16.5	14,916	15.2	16,981	17.5	33,063	21.0
Población estadounidense	83,391	100	97,902	100	97,246	100	157,117	100

Fuente: Según su lugar de nacimiento, Delia Salazar, *La población extranjera en México 1895-1990. Un recuento con base en los censos generales de población, op. cit.*, 1994, cuadro 49.

Chihuahua y Tamaulipas son los dos primeros estados del norte receptores de estadounidenses en la segunda mitad del presente siglo. En el caso de este grupo, el Distrito Federal no ocupa el primer lugar como sitio receptor. Después de los estados antes citados, los estadounidenses se concentran en Baja California Norte, Nuevo León, Coahuila, Sonora, Jalisco y Guanajuato. En el estado de Jalisco, en particular, su aumento es notorio en este periodo y se halla vinculado a la inmigración de pensionados o jubilados de aquel país, la que comienza a efectuarse a partir del decenio de 1950. El estado de Tamaulipas registra una situación similar, pero a partir de la década de los setenta, lapso en el cual se duplica la cifra de residentes originarios del vecino país del norte. Pero en este lugar no se trata de jubilados, sino de empresarios y

personal ligado a la industria maquiladora, lo mismo que de otro tipo de residentes fronterizos, o bien de mexicanos con nacionalidad estadounidense.

En el transcurso de la segunda mitad del siglo, a México siguen arribando hombres de negocios procedentes de la Unión Americana, sólo que en el interior de este subgrupo la afluencia de gerentes, directivos, ejecutivos y empleados de alto rango de las compañías transnacionales con sede en Estados Unidos, es mucho más representativa. De acuerdo con información consignada por el Instituto Nacional de Migración (INM) para el periodo 1944-1993, el número de estadounidenses que ingresa al país bajo la característica inmigratoria de cargo de confianza, es de 8,310 personas; tal cifra equivale al 22 por ciento del total (36,672) registrado por



la misma fuente, respecto al citado tipo de inmigrantes.³⁶ Cabe precisar que bajo tal forma inmigratoria suelen internarse al país los empleados de las corporaciones extranjeras establecidas en tierras mexicanas.

Además del subgrupo antes referido, en México se localizan técnicos, científicos, profesionistas, inversionistas (es decir, empresarios independientes), artistas, deportistas, pensionados civiles, veteranos de guerra originarios de Estados Unidos. Éstos son los tipos de inmigrantes reconocidos por la legislación mexicana de la materia en la segunda mitad del siglo;³⁷ pero, por supuesto, no incluye a otros tipos de estadounidenses que se sabe se han asentado en México. Tal es el caso de varios artistas, escritores e intelectuales que emigran al país como consecuencia de la política furibundamente anti-comunista aplicada en los años cuarenta por la administración de Joseph McArthur. Acerca de ellos casi nada se ha escrito y publicado en México.

Otro tipo de estadounidense localizado en tierras mexicanas, más o menos desde los años sesenta, es el de los estudiantes inscritos en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) en las carreras de medicina y arquitectura. Carmen Icazuriaga, una de las investigadoras pioneras en el estudio de la inmigración estadounidense,³⁸ anota lo siguiente acerca de este subgrupo:

Son estudiantes que difícilmente serían aceptados en universidades de Estados Unidos debido a sus calificaciones, a su edad —que oscilan alrededor de los 30—, ya que para algunos es su segunda carrera o la primera, pero después de haber trabajado en un empleo, y todo esto los hace menos elegibles. También debido a que las universidades de los estados de donde proceden tienen una alta densidad estudiantil y si han de trasladarse a otro lugar prefieren ir a la UAG, donde a pesar de que el costo de la enseñanza es tres veces mayor para los extranjeros que para los mexicanos, sigue siendo en comparación más bajo que en Estados Unidos.³⁹

A los tipos de estadounidenses antes señalados se suman, por lo menos, otros dos más: misioneros y sacerdotes de distintas iglesias llegados para servir a sus feligreses radicados en México, y claro está, también con fines proselitistas. A fines de los años sesenta y durante la década de los setenta, México será país receptor de varios jóvenes inconformes con el modo de vida de su país, es decir, con el llamado *american way of life*, y en contra de su conscripción a la Guerra de Vietnam.⁴⁰

La mayor parte de los subgrupos antes referidos no se establece definitivamente en México, es decir, no son propiamente inmigrantes, sino residentes temporales y migrantes en tránsito que no echan raíces en México, aunque por supuesto existen excepciones. Tal tendencia no es aplicable al tipo de estadounidense más novedoso que inmigra al país desde el decenio de los cincuenta: el de los pensionados o jubilados.

La migración de las personas que por su edad, por motivos de salud o por discapacidad física están retiradas de las actividades productivas, y que por los servicios prestados perciben una pensión, tiene su origen en los países desarrollados y se haya vinculada, en mi opinión, al mayor número de personas que llega a la “tercera edad” en dichos países, como resultado de los bajos índices de natalidad y fecundidad, y, a la vez, a una mayor esperanza de vida (aproximadamente de 75 años), así como al aumento y extensión de las provisiones en materia de seguridad social para los ancianos.

Para muchas de estas personas, la jubilación es una meta deseada después de haber desempeñado un trabajo o actividad durante largos años, por lo que suelen vivir su vejez con tranquilidad y entusiasmo. Pero para muchos otros, la jubilación implica una pérdida de posición, ya que por su edad o por motivos de salud, por impedimentos físicos, por accidentes en el trabajo bruscamente dejan de ser personas productivas para la sociedad, de tal modo que sus habilidades y experiencias terminan sobrando y sus ingresos con frecuencia disminuyen. En estos casos, el dejar de ser productivos y convertirse en pensionados representa un cambio de vida difícil de sobrellevar.

Estos factores, en términos generales, han intervenido en la emigración de muchos pensionados de los países industrializados hacia otros sitios cuyas condiciones naturales —especialmente el clima—, y la economía les permiten llevar una vida físicamente más saludable (ya que por su edad padecen enfermedades y dolencias propias de la vejez), emocionalmente más tranquila y económicamente más solvente.

Así ocurre con la migración de los pensionados originarios de Estados Unidos hacia México. En este país se han establecido en varias ciudades, como son: Cuernavaca, San Miguel de Allende, Guadalajara, las costas de la península de Baja California y de Sonora, Puerto Vallarta y los pueblos circundantes al lago de Chapala, sitios en donde el clima es el adecuado para su salud. Este subgrupo se integra, tanto por jubilados de empresas privadas y de organismos gubernamentales, como de pensionados de la Administración de Veteranos de Estados Unidos o de las Fuerzas Armadas de ese país, es decir, por ex combatientes.

De acuerdo con los registros del INM, tal población se compone de aproximadamente 8,465 personas, y representan el tercer tipo de extranjeros radicados en el país (véase el cuadro 2). De esta cifra, los jubilados estadounidenses integran el 63 por ciento (5,329 personas). Estos datos difieren ampliamente de los calculados por otras fuentes. Por ejemplo, según el presidente del Movimiento Ecologista Mexicano, Alfonso Ciprés Villarreal, en el país se localizan: 33 comunidades de jubilados estadounidenses cercanas a sitios turísticos de Jalisco, Morelos y Chiapas, con una población total de entre 200,000 y 300,000 personas. “Ésta es una invasión silenciosa que se ha incrementado en esta década. Esos ciudadanos estadounidenses tienen un ingreso promedio de 400 dólares mensuales, cantidad suficiente para vivir en México.”

Ciprés Villarreal dijo que, de acuerdo con información del gobierno de Estados Unidos, para el año 2000 ese país tendrá 120 millones de jubilados (*sic*), de los cuales cerca de la mitad estarían interesados en radicar en México por

Cuadro 2. Principales nacionalidades de inmigrantes por característica migratoria 1944-1993

<i>Inmigrantes</i>	<i>EUA</i>	<i>Esp.</i>	<i>Alem.</i>	<i>Fran.</i>	<i>Japón</i>
Rentis.	5,329	849	153	122	42
Invers.	601	996	100	113	71
Profes.	1,148	675	168	104	78
C. de conf.	8,310	8,497	1,837	1,308	1,285
Científ.	2,282	1,469	572	285	217
Técnicos	2,435	1,496	1,139	568	319
Fams.	21,225	13,011	4,091	2,927	2,711
Art. y depor.	332	293	40	28	6
Total	41,662	27,286	8,100	5,455	4,729

<i>Inmigrantes</i>	<i>Italia</i>	<i>Canadá</i>	<i>Cuba</i>	<i>Guatemala</i>
Rentis.	122	255	137	110
Invers.	71	39	49	38
Profes.	115	55	84	59
C. de conf.	1,220	978	837	564
Científ.	248	146	183	88
Técnicos	592	229	138	146
Fams.	1,510	1,944	1,593	1,235
Art. y depor.	49	17	140	11
Total	3,927	3,663	3,161	2,251

Fuente: *Extranjeros registrados en México según su característica migratoria, 1940-1993*, México, Instituto Nacional de Migración, versión preliminar, según su nacionalidad.

los bajos costos de vivienda y alimentación, entre otros, y por sus bellezas naturales. Esos cálculos los está actualizando desde hace 20 años.⁴¹

La cifra de jubilados en Estados Unidos calculada por el presidente del MEM parece muy exagerada, ya que según la señora Kathleen Connors de Laguna, directora de la American Benevolent Society en el Distrito Federal, en Estados Unidos la American Association of Retired Persons (AARP), una organización amplia y representativa de los intereses de la tercera edad, congrega aproximadamente a 30 millones de personas.⁴²

Aunque las estimaciones antes anotadas difieren completamente unas de otras, lo cierto es que ambas son indicativas del volumen que ha alcanzado este sector de la población estadounidense. Su migración a México constituye, a la vez, un suceso novedoso, tanto en el nivel nacional como en la historia de la migración internacional, si se considera que históricamente las migraciones han ocurrido por motivos de trabajo, de hacer fortuna, de reunificación familiar, por razones políticas o por causas étnicas o religiosas, mas no por razones de edad, salud y tranquilidad. En su inmensa mayoría, los inmigrantes se han incorporado de diversas formas al aparato productivo de los países receptores, o bien a las actividades educativas, culturales o políticas. Pero éste no es el caso de los pensionados. En México, por lo menos, estos inmigrantes se han articulado fundamentalmente a la esfera del consumo. El gobierno mexicano ha permitido su establecimiento porque no transgreden las fuentes de empleo y ocupación de la mano de obra mexicana.

Una comunidad muy organizada

Los inmigrantes estadounidenses en México han fundado una variedad de organizaciones, las cuales han fungido como un medio de cohesión del grupo. En la actualidad, esta comunidad se compone, sólo en el Distrito Federal, de 64 entidades; de ellas, 35 están dedicadas a servir a la colectividad, seis son de carácter religioso,⁴³ veinte se ubican en el ámbito de la educación y la cultura —y en las que, por supuesto, quedan comprendidas la American School Foundation y la Universidad de las Américas—, y seis están catalogadas como administrativas.⁴⁴

De las consideradas en el campo de los servicios comunitarios, algunas están dedicadas a eventos sociales: de amistad, de fraternidad, de recreación, de ayuda mutua, en suma, de convivencia social. Unas cuantas son de carácter cívico —por ejemplo, Daughters of the American Revolution—. Otras son, más bien, instituciones médicas: es el caso de The American British

Cowdray Hospital, y varias realizan labores asistenciales o caritativas.⁴⁵

Las agrupaciones clasificadas en el ámbito de los servicios comunitarios abarcan también a las tres asociaciones de veteranos de guerra domiciliadas en el Distrito Federal y a la American Chamber of Mexico.

La mayoría de las organizaciones antes citadas se localiza en la capital del país, excepto algunas cuyas sedes se ubican en sitios cercanos al Distrito Federal, como la ciudad de Cuernavaca y Naucalpan. En casi todos los casos se trata de organizaciones de y para estadounidenses, lo que no impide que mexicanos o personas de otro origen formen parte de ellas. Los mexicanos participan mayoritariamente en algunas de carácter asistencial, caritativo y cultural. En algunos casos la membresía se compone de grupos específicos (ancianos, jóvenes, mujeres, ex combatientes, antiguos residentes, nuevos residentes, profesionistas, ejecutivos), pero en la mayoría es de carácter familiar. Tanto unas como otras están dirigidas a satisfacer, apoyar o resolver las necesidades e intereses colectivos.

Algunas agrupaciones reúnen una escasa membresía; otras, en cambio, cuentan con un amplio número de socios. Tal es el caso, por ejemplo, de la American Society o del Newcomers Club. Esta última contaba con 800 socios en 1994, cifra que significó “todo un récord en la historia del Club”. La labor de dicha asociación consiste en apoyar la integración de los “recién llegados” a la comunidad, a la vez que ser una guía, un medio de información del nuevo país de residencia.⁴⁶

Algunas de las asociaciones, por su antigüedad —se fundaron durante el régimen porfirista—, y por el trabajo que realizan son ampliamente reconocidas por la comunidad. Tal es el caso de la American Benevolent Society (ABS), organización ya referida en este escrito y cuya principal misión, hoy en día, consiste en asistir a la población de la tercera edad “en un nivel preventivo”.⁴⁷

En 1996, la población asistida por la ABS sumaba un total de 60 personas, en su mayoría mujeres —“por todo lo de nuestro aguante”—,⁴⁸

viudas cuyos esposos trabajaban para empresas estadounidenses o transnacionales que decidieron permanecer en México ya que este país se había convertido en su nuevo hogar. Otra parte de la población beneficiada es masculina, algunos son veteranos de la guerra de Vietnam; y una mínima parte de la población asistida es mexicana.

Otra de las organizaciones más antiguas y prestigiosas de la comunidad es la Cámara Americana de Comercio de México. Fundada en 1917, el principal objetivo de esta agrupación ha sido el de promover y apoyar el sistema de libre empresa e incrementar las relaciones económicas entre Estados Unidos y México. Por consiguiente, desde su creación una de sus principales funciones ha sido la de respaldar los intereses de los hombres de negocios y de las empresas estadounidenses en México, aunque no todos sus miembros sean de ese origen.⁴⁹

La misma Cámara destaca que se trata de la organización "de su género más antigua y grande fuera de Estados Unidos; cuenta con 2,900 socios corporativos, quienes representan una inversión en México superior a 22 billones de dólares y el 85 por ciento de la inversión directa privada estadounidense".⁵⁰ Agrupa a empresas grandes, mediana y pequeñas, de las cuales 55 por ciento son mexicanas, 38 por ciento estadounidenses y 7 por ciento de otras nacionalidades. De los 2,900 socios corporativos, 41 por ciento corresponde al sector comercial, 38 por ciento son empresas manufactureras y 21 por ciento se ubica dentro del sector servicios.

La Cámara Americana de Comercio constituye un poderoso grupo de presión económico y político en el nivel nacional. Por lo mismo, es una de las pocas organizaciones de estadounidenses que rebasan ampliamente el ámbito de acción de su comunidad e incide en la toma de decisiones centrales para el país.⁵¹

Pero, sin lugar a dudas, el corazón de la comunidad estadounidense en México lo representa la American Society (AmSoc). En casi todos los países y sitios del mundo en donde viven estadounidenses se localiza una asociación de esta índole. En México se fundó el 26 de agosto de 1946 con el propósito de:

...conservar entre nosotros un espíritu patriótico del pueblo, del país, de los Estados Unidos de América y promover ese interés; fomentar las relaciones amistosas entre mexicanos y americanos y apoyar el desarrollo comercial y el conocimiento cultural entre nuestros socios.⁵²

En sus inicios, sin embargo, todas las actividades que realizaba estuvieron dirigidas a apoyar la participación de su país en la Segunda Guerra Mundial. Con el tiempo, el propósito y las actividades de la asociación han variado. De acuerdo con la señora Gale Fitzwater de Ochoa, directora ejecutiva de la asociación, los objetivos de ésta son los siguientes:

El primero es mantener un sentido de comunidad y patriotismo dentro de los estadounidenses que radican en México. Esto lo hacemos a través de varias actividades tanto patrióticas como comunitarias. Lo hacemos a través, a veces, y en conjunto con la embajada [...] Ahora, esta sociedad está establecida separadamente del gobierno estadounidense. Eso lo quiero aclarar, porque somos una asociación civil establecida por las leyes mexicanas, y aunque la embajada puede identificarse fuertemente a veces con nosotros, estamos totalmente independiente de ellos. Al punto de que nuestra lista de membresía es totalmente confidencial...

El siguiente objetivo es el de pueblo a pueblo: promover las buenas relaciones entre Estados Unidos y México. Y esto lo hacemos a través de varios tipos de actividades, tanto cívicas como caritativas, como culturales, como educativas. Una cosa que nosotros pensamos es que, cuanto más se educa a los pueblos, y más se conoce de su cultura, sus diferencias, como sus semejanzas, pues hay más comprensión. *No necesariamente una aceptación, pero una tolerancia, porque hay entendimiento; y eso es lo que nosotros fomentamos. No fomentamos una integración total, donde se borran identificaciones, identidades. Al contrario, preservamos la*

*identidad tanto mexicana como la estadounidense, y lo que procrea. Y queremos promover una comprensión, un respeto, una tolerancia*⁵³ [...] Siempre es: vivimos en México, queremos añadir a la sociedad en que vivimos. Entonces, todas las actividades caritativas que hacemos son, precisamente, con México en mente. Y creo que esto sí es muy importante [...]

La tercera actividad, digo, objetivo, es la de ser una sombrilla para las diferentes organizaciones no lucrativas, que son: culturales, sociales, educativas, caritativas.⁵⁴

La conservación de la identidad de origen es una de las principales funciones de la American Society; no obstante, destaca el acento dado por la señora Fitzwater al aspecto de la integración a la sociedad receptora. Interés más emparentado con un sector de la membresía que con la promoción de las buenas relaciones entre México y Estados Unidos. Integrada, en un principio, exclusivamente por estadounidenses, actualmente muchos de los socios son mexicanos y de otras nacionalidades (europeos y orientales). Una parte de los socios estadounidenses son de ascendencia mexicana, en otros casos, sus cónyuges son mexicanos —éste es el caso de la misma señora Fitzwater— o tienen hijos nacidos en México.

La American Society incluye tanto a antiguos residentes como a socios que por motivo de trabajo llegan a radicar por un periodo de cinco o seis años. Incluso, según la misma informante, esta asociación es una organización compuesta principalmente por inmigrantes definitivos; así dijo:

Yo tengo treinta años [de vivir en México], hay gente que tiene cincuenta años en México, ¿verdad? Entonces, son gente que ya estamos más asimilados, que nos sentimos muy aparte de la comunidad estadounidense, pero también nos sentimos muy aparte de México. Amamos México. Entonces, este núcleo de la membresía da una identidad propia a esta sociedad, porque, aunque mantenemos y no negamos nues-

tros antecedentes, estamos aculturados. Hablamos el idioma, nos gusta México. Estamos aquí por gusto, ya no por necesidad. Entonces, esto da una idiosincrasia y una estabilidad a esta sociedad que otros no tendrían.⁵⁵

A pesar de dicho comentario, una parte importante de la membresía la constituyen los ejecutivos y empleados de las empresas estadounidenses en México, los que, en su inmensa mayoría, sólo permanecen en el país por un periodo de cuatro años. A estos últimos, especialmente, está dirigida la presentación y difusión de la cultura mexicana.

La American Society no persigue la completa adaptación de los estadounidenses, particularmente de los nuevos residentes, a la sociedad mayor, pero sí el tratar de comprender sus pautas culturales, y por consiguiente, tratar de vivir mejor, de sentirse mejor en el país receptor, aunque la estancia sea sólo transitoria. Precisamente hacia ese objetivo están encaminadas la mayor parte de sus actividades, las cuales son de carácter cívico, social y recreativo. Por medio de los eventos que organiza, trata de fomentar los vínculos de amistad entre sus miembros, los que en 1995 sumaban 650 familias. Si se considera que la membresía es familiar, la AmSoc reúne, desde esta perspectiva, un universo mucho mayor de estadounidenses (aproximadamente 2,000).⁵⁶

La asociación como tal tiene muy poco contacto con su país de origen, lo mismo que con organizaciones similares ubicadas en diferentes ciudades del país; cada American Society es independiente. En cambio, colabora regularmente con ciertas instituciones y organizaciones mexicanas.⁵⁷

La AmSoc tiene su propio medio de difusión, la revista *Amistad*. Ésta cumple con dos objetivos: informar mensualmente sobre las actividades, festejos y celebraciones que lleva a cabo la propia organización, y servir como medio de comunicación de la comunidad. *Amistad* difunde los objetivos, actividades y eventos que realizan las diversas asociaciones de estadounidenses localizadas en la ciudad de México.⁵⁸

Por medio de dicha revista (y de los boletines que publican algunas otras asociaciones) los estadounidenses ligados a su comunidad, particularmente aquellos que desean conservar el espíritu patriótico de su país y un sentimiento de comunidad, están enterados de todo lo que acontece en su interior. La revista incluye, además, cierta información histórica y cultural de México, ya que, según dijo la señora Fitzwater: "Nosotros siempre queremos estar viendo asuntos de ambos lados."⁵⁹

A pesar del acento puesto por la informante en la integración y el "esfuerzo de presentar y entender a la sociedad y a la cultura mexicana", según dijo el señor Ron Midden, presidente de la American Society, a un reportero, la principal función es la de conservar el modelo cultural del país de nacimiento, y apoyar, en mi consideración, la cohesión del grupo, como una colectividad distinta a la del país en donde se reside.⁶⁰

Consideraciones finales

En suma, los estadounidenses radicados en México componen una población numéricamente voluminosa, sumamente diversificada respecto a las ocupaciones o actividades que desempeñan, y plenamente incorporada al aparato productivo del país.

El ser ciudadanos de un país altamente industrializado y en el que prevalecen niveles más elevados de educación y de bienestar económico-social, los ha llevado a manifestar ciertos sentimientos de superioridad ante la sociedad mexicana y, culturalmente, poco se han identificado con ella.

A raíz de la colonización de Texas, y de la intervención de 1847, la sociedad mexicana, a su

vez, ha desarrollado y asumido, en diversos momentos históricos, una actitud xenofóbica hacia ellos, pese a que Estados Unidos ha sido un modelo a seguir para muchos mexicanos.

Sus formas de organización interna (la creación de numerosas instituciones y organizaciones de distinto signo) en los sitios de la república en donde se han domiciliado, especialmente en el siglo XX, les ha permitido mantener un estilo de vida similar al de su país nativo. A ello están encaminadas sus organizaciones, las cuales suelen satisfacer las variadas necesidades del grupo sin tener que recurrir a las instituciones y organizaciones de la sociedad mayor. Es decir, en buena medida viven alejados de ésta. Tal situación atañe, principalmente, a los más ligados o interesados por pertenecer a una colectividad diferente a la del país en donde se vive, pero, por supuesto, no es el caso de todos. Muchos de los estadounidenses radicados en México no forman parte de las distintas instituciones y agrupaciones que componen y sirven a la comunidad, ni participan de las celebraciones y festejos del grupo. En cambio, se han mezclado biológicamente con la población mexicana y han asumido una mayor identificación con las pautas culturales de la sociedad mayor. Otros, como la señora Gale Fitzwater de Ochoa, se hallan inmersos en la construcción de una nueva identidad en la que converjan las dos vertientes culturales: la estadounidense y la mexicana. Proceso de larga duración, pero del que seguramente emergerán nuevas expresiones culturales.

Por último, los inmigrantes estadounidenses han constituido, sin duda, un punto más sólido de encuentro entre México y Estados Unidos, a veces contraproducente para alguno de los dos países, o bien para ambos, en otros momentos poco cordial, y en algunos otros, mucho más provechoso.

Notas

¹ Guadalupe Zárate Miguel, "Extranjeros en México. Recuento bibliográfico", en Dolores Pla, Guadalupe Zárate et al., *Extranjeros en México (1821-1990). Bibliografía*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Fuentes), 1994, p. 24.

² Éstos son: Valentina Torres Septién, "Dos enclaves norteamericanos y su influencia en la educación mexicana", en Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Cincuenta años de historia de México*, México, El Colegio de México, 1991, vol. 2, pp. 149-164;

Francisco José Ruiz Cervantes, "Ingleses y estadounidenses en la ciudad de Oaxaca entre 1910 y 1920", *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*, núm. 9, junio de 1995, pp. 88-95; Mónica Palma, "Refugiados y rentistas, Dos migraciones contemporáneas", *Historias*, núm. 33, octubre 1994-marzo 1995, pp. 111-118; Mónica Palma, "Un paraíso al sur de la frontera. Los pensionados estadounidenses en Guadalajara", *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*, núm. 10, diciembre de 1995, pp. 168-177.

³ Al respecto véase, entre otras obras, las siguientes: María del Carmen Collado, *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política 1865-1920*, México, Siglo XXI Editores, 1987; Kathy Denman, *La élite norteamericana de la ciudad de México*, México, Centro de Estudios Superiores del INAH (Cuadernos de la Casa Chata, 34), 1980; Carmen Icazuriaga, *El enclave sociocultural norteamericano y el papel de los empresarios en México*, México, Centro de Estudios Superiores del INAH (Cuadernos de la Casa Chata, 35), 1980; Guadalupe González González, "Los intereses privados norteamericanos en México: la Cámara de Comercio de México", tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales, México, El Colegio de México, 1979.

⁴ A pesar de la insuficiente bibliografía acerca de esta inmigración, las obras hasta ahora escritas permiten formularla. Revítese Dolores Pla, Guadalupe Zárate et al., *Extranjeros en México (1821-1990). Bibliografía*, op. cit., pp. 138-149.

⁵ Gilberto Loyo, "Evolución demográfica de México desde la Independencia hasta la Revolución", en *La política demográfica de México*, México, Instituto de Estudios Sociales, Políticos y Económicos del Partido Nacional Revolucionario, 1933, p. 67.

⁶ Al respecto, véase Dieter George Berninger, *La inmigración en México 1821-1857*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 144), 1974, 198 p.

⁷ *Ibid.*, pp. 185-186.

⁸ En 1825 se autorizó a Robert Leftwich el establecimiento de 200 familias, a Hayden Edwards, 800, a Green de Witt, 300, a Martín de León, 150. Otros permisos se otorgaron en los siguientes años; revítese Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1980*, México, El Colegio de México (Colección México-Estados Unidos), 1982.

⁹ La bibliografía sobre el tema es abundante; consúltese por ejemplo, la obra antes citada, y de Josefina Zoraida Vázquez, "Colonización y pérdida de territorio, 1819-1857", en *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, México, Secretaría de Gobernación/Consejo Nacional de Población (CONAPO), 1993, t. III, pp. 117-123.

¹⁰ Tanto J. Poinsett como A. Butler habían insinuado o propuesto al gobierno mexicano la compra de ese territorio. Al respecto, revítese *ibid.*, p. 118.

¹¹ Véase George Berninger, *La inmigración en Méxi-*

co 1821-1857, op. cit.; Ana Bella Pérez Castro, "Cuando el paraíso se convirtió en un infierno. Los franceses en el Coatzacoalcos", *Historias*, núm. 33, octubre 1994-marzo 1995, pp. 21-29; Hippolite Maison y Charles Debouchet, *La colonización francesa en Coatzacoalcos*, prólogo de Carmen Blázquez, Xalapa, Universidad Veracruzana (Rescate, 21), 165 p.

¹² Los documentos relativos al tema inmigratorio, emitidos en el siglo XIX, pueden consultarse en dos vastas obras: *Código de colonización y terrenos baldíos de la República Mexicana formado por Francisco F. de la Maza y publicado según acuerdo del Presidente de la República por conducto de la Secretaría de Estado y el Despacho de Fomento, años 1491 a 1892*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1895, 1138 p.; Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República*, edición oficial, 42 vols., México, Imprenta del Comercio a cargo de Dublán y Lozano, Hijos, 1876.

¹³ En este tiempo se suscitó una auténtica polémica entre liberales y conservadores sobre este asunto.

¹⁴ James C. Shields, "Inmigración y colonización durante el segundo imperio mexicano", tesis de doctorado, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 1958, pp. 77-119.

¹⁵ *Ibid.*, p. 84.

¹⁶ *Ibid.*, p. 96.

¹⁷ *Ibid.*, p. 104.

¹⁸ Moisés González Navarro, *La colonización en México. 1877-1910*, México, 1960, p. 1 (s.e.).

¹⁹ *Ibid.* Del mismo autor revítese también la obra *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1993, vol. II, pp. 253-256. Otras obras en las que se consignan cifras de colonias fundadas por extranjeros durante el porfiriato y relatan las actividades emprendidas por éstas, son las de: Moisés T. de la Peña, "Problemas demográficos y agrarios", *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. II, núm. 3, julio-septiembre y octubre-diciembre de 1950, pp. 9-324; y Carlos García García, "La política migratoria del Estado mexicano", tesis, México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1962.

²⁰ *El Tiempo, El Diario del Hogar, El Monitor Republicano y El Hijo del Ahuizote*, entre otros. Revítese Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, op. cit., pp. 227-234.

²¹ Véase *ibid.*, pp. 253-256; Carlos García García, *La política migratoria del estado mexicano*, op. cit.; Helen A. Seargent, *San Antonio Nexapa*, México, FONAPAS Chiapas-Dirección de Cultura y Recreación (Colección Ceiba, 11), 1980.

²² Sergio Ortega Noriega, *El edén subvertido. La colonización de Topolobampo 1886-1996*, México, Departamento de Investigaciones Históricas-INAH/SEP, 1978.

²³ Revítese Hubert Carton de Grammont, "La presencia norteamericana en el agro sinaloense en la primera mitad del siglo XX", *Secuencia*, núm. 7, enero-abril de 1987, pp. 6-23.

²⁴ Entre ellos destaca, por ejemplo, el caso del señor Thomas Braniff, personaje que logró amasar una gran fortuna por sus actividades empresariales; véase María Collado del Carmen, *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política, 1865-1920*, op. cit.

²⁵ Véase, al respecto, Jonathan C. Brown, "Trabajadores nativos y extranjeros en el México porfiriano", *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*, año III, núm. 9, mayo-agosto de 1994, pp. 7-49.

²⁶ Cifras registradas de acuerdo con el lugar de nacimiento. Véase Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México (1895-1990). Un recuento con base en los Censos Generales de Población*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Fuentes, Serie Documentos), 1996, p. 269.

²⁷ Así lo plantea Patricia Scanlon, *Un enclave cultural; poder y etnicidad en el contexto de una escuela norteamericana*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH (Cuadernos de la Casa Chata, 18), 1981, p. 37.

²⁸ *Historia de la Sociedad Americana de Beneficencia (SAB)*, junio de 1995.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ El concepto lugar de nacimiento indica con mayor precisión el número de extranjeros radicados en el país en el momento en que se realiza el censo, independientemente de su nacionalidad. Éste, por su parte, considera a las personas que mantienen su nacionalidad extranjera, sin especificar país de origen. Cabe subrayar que, de acuerdo con este último rubro, la población estadounidense, de sumar 20,507 personas en 1910, disminuye a 11,090 en 1921. Véase Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México (1895-1990)...*, op. cit., p. 452.

³¹ También de acuerdo con el concepto lugar de nacimiento, y respecto al concepto nacionalidad, en 1930 viven en México 12,396 estadounidenses. *Idem.*

³² María Rosa García y David R. Maciel, "El México de afuera: políticas mexicanas de protección en Estados Unidos", en David R. Maciel y José Guillermo Saavedra, *Al norte de la frontera: el pueblo chicano*, México, Consejo Nacional de Población, 1988, p. 388.

³³ *Ibid.*, p. 389.

³⁴ Es decir, hijas de estadounidenses o mujeres mexicanas nacidas en Estados Unidos.

³⁵ Los grupos europeos, particularmente —con excepción de los españoles—, no son tan numerosos en los estados del norte, en los cuales los residentes de origen asiático —chinos, japoneses y sirio-libaneses— han tenido un mayor peso numérico, por lo menos hasta 1970. Revítese Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México*, op. cit., pp. 113-120, 125-128, 137-140, 182-186, 211-214 y 219-223.

³⁶ Sólo los españoles superan a los estadounidenses; las personas de origen español que viven en México bajo dicha característica inmigratoria suman 8,497, equivalente al 23 por ciento del total. *Extranjeros en México por característica inmigratoria*, Instituto Nacional de Migración, 1995, versión preliminar.

³⁷ Revítese la Ley General de Población de 1947, la de 1973 y la de 1991, por ejemplo.

³⁸ Carmen Icazuriaga, *El enclave sociocultural norteamericano y el papel de los empresarios en México*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH (Cuadernos de la Casa Chata, 35), 1980.

³⁹ *Ibid.*, p. 15.

⁴⁰ Al respecto, consúltese Leopoldo González Aguayo, "Migración y relaciones exteriores de México", en *Relaciones México-Estados Unidos. Una visión interdisciplinaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 193.

⁴¹ "Pide el MEM normar la estancia de jubilados de EU en México", *La Jornada*, 3 de abril de 1997, p. 4.

⁴² Por supuesto no todos son pensionados. Entrevista a la señora Kathleen Connors de Laguna, directora ejecutiva de American Benevolent Society (ABS), realizada por Mónica Palma el 13 de septiembre de 1995 en la oficina de la asociación ubicada en la ciudad de México.

⁴³ Se trata de seis diferentes iglesias; éstas son: Lutheran Church of the Good Shepherd, St. Patrick's Catholic Church, Capital City Baptist Church, Christ Church Episcopal, Union Evangelical Church y Beth Israel Community Center.

⁴⁴ En este último tipo de asociaciones quedan incluidas la Embajada Americana, la Asociación de la Embajada Americana, la Oficina del Partido Demócrata y la del Partido Republicano, la Oficina de Negocios e Inversión de California y la Oficina del Estado de Louisiana de la ciudad de México.

⁴⁵ Entre éstas destacan: American Benevolent Society, Women's Auxiliary ABC Hospital, Shrines Hospital para Niños Lisiados, Women's Auxiliary of Nuestros Pequeños Hermanos, A. C., Fundación Protectora de Niños con Cáncer, Salvation Army, Comité Internacional Pro Ciegos.

⁴⁶ "Newcomers: Grow and Challenges Make for a Dynamic Organization", *Amistad*, junio de 1994, p. 21 (traducción de Mónica Palma).

⁴⁷ La preocupación de la comunidad por atender las necesidades de los ancianos llevó a la creación, en abril de 1993, del Centro de Día para la Tercera Edad. Según la misma asociación se trata de una idea innovadora en México. En Estados Unidos, en cambio, estos centros son muy comunes. En este tipo de espacios, los ancianos, muchos de ellos pensionados, tienen la posibilidad de realizar diversas actividades manuales y recreativas. Entrevista a la señora Kathleen Connors de Laguna, op. cit., p. 7.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁹ *American Chamber Mexico, 1996*, Boletín Informativo.

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ La historia de esta institución ha sido estudiada en Erwin Rodríguez Díaz, "La Cámara Americana de Comercio", *Estudios Políticos*, vol. I, núm. 1, abril-junio de 1975, pp. 33-63, y en Guadalupe González González, "Los intereses privados norteamericanos en México: la Cámara de Comercio de México", tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales, México, El Colegio de México, 1979, 302 p.

⁵² Jane Brown, "History of Beginning of the American Society of Mexico", en *Remembrances of 50 Years. The American Society of Mexico, A.C., 1942-1992* (traducción de Mónica Palma).

⁵³ El subrayado es de la autora del presente escrito.

⁵⁴ Entrevista con la señora Gale Fitzwater de Ochoa, directora ejecutiva de la American Society of Mexico, A. C., realizada por Mónica Palma el 30 de octubre de 1995 en las oficinas de la organización, ubicada en la ciudad de México, pp. 2-5.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 13-14.

⁵⁶ Comprende tres tipos de socios: regulares (éstos son estadounidenses de nacimiento con derecho de voto y a ser electos para la mesa directiva); asociados (son los

no estadounidenses, tienen derecho de voto, "pero no pueden ser directivos"), y por último, organizaciones no lucrativas. Éstas incluyen a las 63 asociaciones estadounidenses restantes, cuyas actividades promueve y coordina. Por eso se define como una *umbrella*.

⁵⁷ Por ejemplo, el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), la Cruz Roja Mexicana, Amigos de la Orquesta Sinfónica Nacional, Fundación Protectora de Niños con Cáncer, Casa Alianza.

⁵⁸ Asimismo, contiene anuncios de restaurantes, agencias de viajes, escuelas, eventos musicales, artísticos o culturales que les pueden interesar a los lectores. Incluye también breves notas históricas sobre las tradiciones, costumbres y otros aspectos (naturales, regionales) de la sociedad mexicana, tales como la importancia de la música y del mariachi en México, el día de muertos, la Selva Lacandona, así como una pequeña sección de anuncios clasificados (vivienda, traducciones, centros de idiomas).

⁵⁹ Entrevista con la señora Gale Fitzwater de Ochoa, *op. cit.*, pp. 10-12.

⁶⁰ Véase Albert Sgambati, "Ron Midden. Helping Americans in Mexico", *Who's Who. The News*, 5 de octubre de 1995 (traducción de Mónica Palma).

